

Mi experiencia en Japón

Hola, mi nombre es Salvador Enrique Rodríguez Hernández. Quiero compartir una de las experiencias más significativas de mi vida. Recientemente, completé una maestría en Educación en el Programa de Mejora de los Aprendizajes de los Niños, impulsado por la Agencia de Cooperación Internacional de Japón (JICA). Este programa se impartía en la Universidad Pedagógica de Naruto, en la prefectura de Tokushima, Japón.

En El Salvador, trabajo como técnico en el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, específicamente en la Dirección Nacional de Educación y Currículo. He tenido el privilegio de ser coautor de los libros de texto de matemática para los niveles de primero, segundo y tercer ciclo en el proyecto ESMATE.

Para mi tesis, investigué la variación del desempeño en matemática de los estudiantes salvadoreños de octavo grado. Analicé cómo la habilidad para gestionar tareas, el nivel de autorregulación académica y el conocimiento de los profesores influyen en el rendimiento de los estudiantes. Las metodologías de investigación que aprendí en Japón fueron esenciales para realizar un análisis riguroso.

El idioma también fue importante en mi experiencia. Aunque la principal lengua de comunicación en la universidad era el inglés, mi profesor asesor, Hiroki Ishizaka, hablaba español con fluidez, lo que facilitó mi adaptación. A pesar de la barrera del idioma, mejoré mis habilidades en inglés y aprendí algunas frases en japonés, enriqueciendo mi experiencia.



Japón me sorprendió por su seguridad. Uno puede moverse con libertad y tranquilidad, sin importar la hora. Pasear por las calles de Naruto a altas horas de la noche sin sentirme inseguro fue una experiencia nueva para mí. Además, la honestidad de los japoneses es admirable; pude dejar mis pertenencias en lugares públicos sin temor a perderlas.



También conocí y conviví con personas de diversas partes del mundo, lo que me hizo crecer personalmente. A pesar de las diferencias culturales y de idioma, es posible comprendernos mutuamente.

Adaptarme al clima y a la dieta fue un desafío. Llegué a Japón en invierno, una estación que nunca había experimentado antes. Disfruté de la nieve por primera vez y aprendí a lidiar con el frío. En cuanto a la comida, al principio extrañaba los sabores de El Salvador, pero poco a poco me enamoré de la gastronomía japonesa, especialmente de la sopa de miso y el ramen.

Durante mi estancia en Japón, viajé con mi esposa y conocimos muchos lugares. Visitamos Miyajima en Hiroshima, donde disfrutamos de la belleza del santuario y la tranquilidad de la isla, así como de un encantador acuario. En Hiroshima también visitamos el Museo de la Paz, una experiencia conmovedora.

En Kioto, exploramos lugares icónicos como el templo Kiyomizu-dera, el bosque de bambú de Arashiyama y el santuario Fushimi Inari-taisha. En Hyogo, disfrutamos del castillo de Himeji, su zoológico y sus jardines.



Finalmente, visitamos Tokio, una metrópoli llena de contrastes. Disfrutamos del templo Senso-ji en Asakusa, la Skytree, la Torre de Tokio y el famoso cruce de Shibuya. También visitamos Akihabara, un paraíso para cualquier aficionado al anime, manga, videojuegos y coleccionismo de figuras. Explorar sus tiendas y calles llenas de color y vida fue un sueño hecho realidad.

